

ITALIA

La estrategia de la sospecha

¿A quién interesa desestabilizar la situación política y enfrentar a unos partidos con otros?



Corrado Alunni, supuesto jefe de las Brigadas Rojas.

QUIEN iba a imaginarse que Aldo Moro, presidente de la Democracia Cristiana, asesinado el 9 del pasado mayo por las Brigadas Rojas, volvería a la escena política italiana a los cuatro meses de su supresión física? Sin embargo, es preciso reconocer hoy tres hechos: si bien Moro fue eliminado en mayo, ha resucitado ahora en septiembre; el presidente de la DC "pesa más muerto que vivo", según expresión de uno de sus colegas de partido; su resurrección se produce en un ambiente nada claro.

He aquí la cronología de este "retorno del presidente": El 11 de septiembre se sabe que el último libro del líder socialista francés, François Mitterrand, titulado "La abeja y el arquitecto", contiene ciertas revelaciones que le hizo, el pasado abril, su homólogo italiano, Bettino Craxi. Según este último, el Partido Socialista Italiano hizo gestiones cerca de diversas personalidades políticas para conseguir la liberación de un terrorista a cambio de la vida de Moro. ¿A qué obedece el estupor? A que oficialmente al menos, el PSI no había hablado de "intercambio de prisioneros" durante ese período; a que tales confidencias parecen reprochar a los otros partidos de la mayoría gubernamental, especialmente a los comunistas y a los demócratas-cristianos, su "negativa a negociar".

Luego se precipitan los acontecimientos: ocho cartas del difunto presidente, escritas durante su trágica detención, son enviadas (¿por quién, si están bajo llave en el despacho del juez de instrucción?) al diario "Corriere della Sera", que las publica inmediatamente.

Tercer elemento de esta cronología: el escritor Leonardo Sciascia declara el 17 de septiembre, en el

curso de una entrevista, que acaba de terminar un libro sobre las "cartas de Aldo Moro"; que, en su opinión, se debía haber negociado con los terroristas, pues tal era el deseo del prisionero, y que en fin Moro "había sido muerto dos veces", primero por sus carceleros, y en segundo lugar por sus "amigos" de la DC, los comunistas y la prensa en general, pues todos ellos ofrecieron una imagen deformada del presidente secuestrado.

¿Quién manipula tan inteligentemente —es la pregunta que se hacen muchos en Roma— esta "rentrée" política de Aldo Moro? Los socialistas están convencidos de que la publicación de las cartas de Aldo Moro y la publicidad que ha rodeado al texto de Mitterrand van dirigidas contra ellos, que se los quiere presentar como débiles frente a los terroristas, e incluso como cómplices directos de las Brigadas Rojas. Los demócratas-cristianos, que optaron por una postura de intransigencia durante el trágico secuestro, parecen pensar, a su vez, que, en su obsesión por diferenciarse del Partido Comunista, el PSI está dispuesto a cualquier cosa para demostrar que comunistas y demócratas-cristianos están por igual contagiados de inhumanidad y "estatolatría", o culto excesivo del Estado. Los comunistas están a su vez convencidos de que la "operación resurrección" busca alejarlos de la mayoría gubernamental, presentándolos como el alma del frente de la firmeza y los auténticos "responsables" de la muerte de Moro.

En el seno de la clase política italiana reina un clima de sospecha generalizada. Pero si cada uno tiende a acusar al de enfrente de manipulación, todos los políticos están de acuerdo en un punto: asistimos hoy a un verdadero "complot". Ciertas fuerzas —¿políticas?, ¿económicas?, ¿policiales?— tienen interés en desestabilizar la situación política italiana especulando con el

cadáver del malogrado Aldo Moro.

Pero las sospechas van aún más lejos. Cada cual tiende ahora a revisar, a la luz de los últimos acontecimientos, el desarrollo de la investigación sobre el caso Moro. No faltan desde hace seis meses ni motivos de asombro ni interrogantes.

En primer lugar, la extraña detención de Corrado Alunni, supuesto jefe de las Brigadas Rojas, y del que se sospecha que es el organizador del secuestro: Alunni es detenido la tarde del 13 de septiembre por la Policía milanesa, la cual informa al Ministerio del Interior y solicita la no publicación de una noticia para poder llevar a cabo nuevas operaciones. Esfuerzo inútil: apenas dos horas después del acontecimiento, los periódicos lo saben ya todo. ¿Quién los ha advertido? ¿Se trata de una simple operación de distracción de los servicios del Ministerio del Interior? Luego llegan las dudas y las acusaciones: ¿por qué le repugna a la Policía utilizar las informaciones suministradas por simples ciudadanos, como esa honrada florentina que señaló la presencia de Alunni en las costas calabresas el mes de agosto?

Pero hay más: ¿cómo es que los dos "brigatista", Nadia Mantovani y Vincenzo Guagliardo, que se encontraban en libertad vigilada, pudieron escaparse y volver a la clandestinidad el 25 del pasado julio? ¿Por qué el "brigatista" Enrico Triaca tenía, en el momento de su detención, el 17 de mayo, entradas de cine gratuitas reservadas a la Policía? ¿Por qué los miembros de la "columna Roma-Sud" de las Brigadas Rojas no fueron detenidos hasta el 17 de mayo, cuando el mandato de la Magistratura tiene fecha del 9?

Y por último: ¿cómo es que la Magistratura ha esperado hasta hoy para interrogar a los amigos del presidente Moro, a los políticos que hicieron declaraciones en el mo-

MARCELLE PADOVANI

mento del secuestro y que las siguen haciendo, como el diputado demócrata-cristiano Giuseppe Giovanniello, que cree poder afirmar el 15 de septiembre que "los amigos de Moro fueron advertidos algunos días antes del asesinato que el presidente iba a ser entregado a criminales de Derecho común encargados de ejecutar la sentencia"?

Pero, si hay complot, ¿de dónde procede y quién se beneficia? Por el momento únicamente se puede contestar con hipótesis. Para Ruggiero Orfito, miembro de la dirección de ACLI (Asociación Católica de Trabajadores Italianos), "existe en Italia un 'cuarto partido' compuesto de miembros de la mafia, de responsables de la industria de Estado, de gobernadores de la economía y de comparsas políticas, que decidieron a partir de determinado momento que Moro se había pasado en sus alianzas políticas". En su constante preocupación por la unidad y la pacificación general, y del mismo modo que había intentado lavar en casa toda la ropa sucia de la Democracia Cristiana, Moro habría garantizado a ese "cuarto partido" que la entrada de los comunistas en el área gubernamental "no cambiaría nada" y que los grandes procesos por corrupción no pasarían de ser un simple formalismo. Por desgracia, el "cuarto partido" no confió en estos compromisos. Por eso mataron a Moro.

Una cosa es segura, en cualquier caso: si esta hipótesis tiene algún fundamento, si los "brigatisti" no son sólo terroristas "puros" como los de la banda Baader-Meinhof, sino también actores de una estrategia de "desestabilización" o bien la mano de obra de un "complot conservador", es evidente que será tanto más difícil demostrarlo con pruebas. Aunque sólo porque los ejecutores serán los últimos en reconocer el haber sido objetos de una manipulación. ■ © LE NOUVEL OBSERVATEUR.